

## RECENSIONES Y NOTICIAS DE LIBROS

ALBERT-LAMBERT, Jacqueline: *El papel del padre*. Nova Terra. Barcelona, 1968. 152 págs.

La autora sintió en su alma niña el vacío moral de un padre famoso y triunfador pero divorciado y siempre ausente (aunque la colmara de regalos y «categoría social» en encuentros esporádicos). Su propia intrahistoria la llevó a plantearse en serio y a fondo esta pregunta clave: ¿cuál es el papel y funciones que corresponden hoy al padre de familia en cuanto tal? La evolución socio-cultural y económico-política occidental parece llevarnos a una respuesta casi negativa: el padre ausente durante las horas en que los hijos están despiertos en casa, ha quedado reducido a la función de simple soporte económico y financiero de la familia. Sus demás funciones tradicionales, naturales o convencionales, parecen haber sido encomendadas a la madre, al hermano, al colegio, y la universidad, al arroyo y la pandilla, a las instituciones sociales y estatales, a la policía... ¿Cuál es el balance de esta «centrifugación» de las funciones paterno-familiares? La autora ha escogido el método más certero y fecundo para hallar la respuesta y ha llevado sus encuestas con seriedad, nervio investigador, valentía en el enfrentamiento con la situación y «pasión lúcida» por el tema. Cada capítulo resulta ser una «secuencia» pródiga en sugerencias, sorpresas y resultados paradójicos, además de enormemente aleccionadores. El libro mismo, a medida que el tema se desarrolla en profundidad y extensión, va ganando interés como una auténtica película de suspense. La autora tras compulsar y comparar datos, experiencias, vivencias y opiniones de grandes especialistas en el problema (padres, madres, educadores y sacerdotes en contacto directo con determinados «medios», jóvenes marginados, etc.), llega a constataciones como las siguientes: al padre le corresponden insoslayablemente tareas de orden múltiple, pero las más decisivas para el hijo, la familia y la sociedad son las de orden formativo-moral, en cuanto que él es modelo, molde, soporte, respaldo y refuerzo para la formación de la personalidad naciente del hijo. Se constata así que la madre ejerce una función e impronta psicológico-moral decisiva en los primeros años, pero después pasa a ser primordial la labor personalizadora estimulante y protectora del padre, para la hija tanto o más que para el hijo. Se constata asimismo que ambos padres se complementan en su papel y funciones respectivas y que incluso pueden suplirse recíproca-

mente incluso con éxito. Se constata que la naturaleza y la sociedad ponen en juego múltiples mecanismos de corrección, de compensación, de sublimación, etc. Se constata que es el «vacío moral» y el fallo personal (del padre, de la madre o de ambos en sus relaciones mutuas) el que produce consecuencias más dañinas y difíciles de sanar. Se constata que las instituciones sociales pueden suplir con ventaja a los padres en los aspectos técnico-profesionales de la instrucción, pero no en los dominios estrictamente formativo-morales de la personalidad y de la educación. Se constata que la casi totalidad de jóvenes marginados y muchas de las malformaciones psíquico-caracterológicas de personalidades taradas se deben al influjo moral negativo y contraproducente del padre, de la madre o de ambos conjuntamente (conducta moral desarreglada, abandono o despreocupación, divorcios, exceso de cariño alicorto y egoísta, etc.). El balance es, sin embargo, esperanzador y acuciante: los padres tienen en sus manos, y en su responsabilidad, la empresa apasionante e infinitamente decisiva de conformar el alma y el ser de sus hijos y lanzarlos así a la vida y a la convivencia.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

ALEJANDRO, José M.<sup>a</sup> (S. J.): *Gnoseología*. Serie Monográfica de Filosofía. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1969. 504 págs.

Es natural en los hombres—dice Aristóteles—el deseo de conocer, y es esta tendencia humana tan fuerte como lo son en el hombre la de conservación de la vida y la propagación de la especie. Por eso, siguiendo esta tendencia, los hombres han buscado las causas de las cosas que en todos los tiempos han despertado su admiración. Y con la admiración de las cosas y el deseo de conocer sus causas nació la filosofía. El problema del conocimiento es, pues, tan antiguo como el hombre, si bien el conocimiento como problema y su presentación en el primer plano de la filosofía tenga raíces modernas, sobre todo a partir de Kant y los neokantianos.

En el libro que presentamos, la primera cuestión que nos salta a la vista—dice el autor—es la del nombre con que ha de designarse un tratado sobre el conocimiento humano, cuya multiplicidad de denominaciones es impresionante. *Epistemología* para unos, *noética*, *criteriología*, *gnoseología*, *lógica maior*, *crítica*; Kant la llama *noogomía*, y otros críticos la llaman *metafísica defensiva*, *lógica material*, *metafísica fundamental* y, más recientemente, *teórica de la ciencia*. Aun cuando esta multiplicidad no es arbitraria, el autor se inclina por la denominación de *Gnoseología antropológica*.

Y la llama *Gnoseología antropológica* para huir de un abstraccionismo intelectualista y de cualquier racionalismo cartesiano. Una *gnoseología* que pretenda resolver los problemas que el conocimiento plantea al ser humano, ha de considerar como fundamental que el *homo singularis*, como sujeto de conocimiento, es el *suppositum cognoscens*, y si